

Iglesia en Castilla y León

«CARITAS», EN LA COMUNIDAD CRISTIANA, AL SERVICIO DEL HOMBRE INTEGRAL

CARTA PASTORAL A SACERDOTES, DIÁCONOS, RELIGIOSOS/AS Y LAICOS DE
NUESTRAS PARROQUIAS Y COMUNIDADES CRISTIANAS

Queridos hermanos:

Al hablar de Cáritas nos estamos refiriendo al amor cristiano que supera la simple actividad individualista; añadiendo en el siguiente inciso «en la comunidad cristiana», ya nos estamos remitiendo explícitamente al sujeto propiamente dicho: la comunidad que vive la caridad impregnando toda su actuación y sus servicios por el amor que es el distinto de los discípulos de Cristo. A cualquier personaje de la historia se le puede conocer por ciertos rasgos que lo caracterizan, pero no necesariamente por estar relacionado con el sufrimiento de los hombres o su liberación. A Cristo, no: toda su razón de ser está en función del amor al Padre y el servicio a los hombres. «Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo», decimos en el credo. De ahí que el Evangelio diga que nos amó hasta el extremo cuando estaba a punto de entregar su vida por nosotros. Esta es la actitud que deben tener sus discípulos que forman la comunidad eclesial que El fundó: ese ámbito de amor fraterno y su irradiación consiguiente a todos los hombres, especialmente los más necesitados, serán el perfil y el testimonio allí donde se forma esta comunidad como acontecimiento de la presencia salvadora del Señor, particularmente en la diócesis y en la parroquia.

Cáritas es un espíritu en comunión de vida, un organismo viviente, pero también es una realidad corpórea, como el mismo ser humano: es un organismo que necesariamente está estructurado, es organización. Organización diocesana y, de una manera más directa y básica, organización parroquial animada por el amor de Cristo, amor compasivo, porque

El se identificaba tanto con el hombre que padecía con él cuando pasaba hambre, estaba enfermo o en pecado.

INTEGRIDAD DE LOS SERVICIOS PARA EL HOMBRE INTEGRAL

«Al servicio del hombre integral», decimos. «De todo el hombre y de todos los hombres», según la fórmula de Pablo VI. Supuesta el alma inspiradora de todos esos servicios —la caridad auténtica—, la organización de los mismos tiene que ser amplia, al integrar sujetos individuales e institucionales tan diversos. Cuando se contempla la organización y coordinación de estos servicios en el plano diocesano, se ha de pensar en una plataforma que, teniendo a Cáritas como institución central y más relevante, comprenda también otras instituciones que están en la iglesia particular al servicio del hombre. Esto es lo que estamos intentando en nuestra diócesis con la Delegación de Caridad y Pastoral Social y lo que recomendamos los obispos de Castilla en la instrucción *La Iglesia en Castilla, samaritana y solidaria con los pobres* (1991): «Personas, comunidades e instituciones en los distintos niveles han de coincidir en objetivos e intenciones comunes, animadas por el mismo espíritu samaritano. En la diócesis tiene que haber un órgano especialmente responsabilizado en la labor de animar y coordinar. Podría ser la Delegación de Caridad y Pastoral Social, donde esta exista, plataforma amplia en donde se puedan encontrar todas las instituciones que haya de carácter diocesano que trabajan en este campo de la caridad y la justicia en sus diferentes formas» (n.º 43). En el número siguiente se subraya la importancia central de Cáritas en esta delegación y su representatividad universal en toda la diócesis, de manera que su misma organización se considera imprescindible en todas las parroquias (n.º 44).

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española pone también, en sus conclusiones, estos mismos acentos y con fórmulas muy parecidas: «Personas, comunidades, instituciones y asociaciones de acción caritativa y social, deben confluir en objetivos, criterios, orientación y motivaciones evangélicas. Para ello es conveniente que en las diócesis existe un organismo, presidido y animado por el Obispo, especialmente responsabilizado en la tarea de animación y coordinación. Respetando la naturaleza propia de cada una de las instituciones y dando a Cáritas

la relevancia que le corresponde, dicho organismo será la plataforma amplia donde se puedan encontrar las instituciones dedicadas a los social y caritativo» (*La caridad en la vida de la Iglesia*, LX Asamblea Plenaria, 1993, II, 3, c).

EL HOMBRE ES EL CAMINO DE LA IGLESIA

Cáritas, a la luz de Cristo, contempla al hombre a imagen y semejanza de Dios. Servir al hombre integral significa tener siempre ante los ojos esa imagen, ese concepto del hombre que nos revela la Palabra de Dios hecha hombre. Porque, como enseña el Vaticano II, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Juan Pablo II, al poner al hombre en el camino ineludible de la Iglesia para ser fiel al Señor, recuerda en su primera encíclica, *Redemptor hominis*: «El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre» (RH 10).

Los reduccionismos antropológicos, al interpretar al hombre sólo desde la química y la biología, los fenómenos puramente psíquicos o los condicionamientos sociológicos, no alimentan grandes esperanzas sobre la evolución del hombre, porque suelen terminar en el nihilismo. El hombre no es nada más que eso. Y en ese estrecho espacio humano encierran esperanzas y comportamientos que no dan mucho de sí y que con frecuencia se vuelven contra el hombre mismo. Los creyentes cristianos sabemos que el hombre es un ser abierto hacia una plenitud incommensurable como hijo de Dios e imagen suya en Cristo.

A veces los filósofos, ideólogos, sociólogos, psicólogos y políticos hablan del hombre y quieren liberarlo. Preocupación que se disuelve frecuentemente en discursos abstractos: el hombre fabricado en serie, la humanidad, el cliente comercial, del grupo o del partido, el hombre de la estructura en la que desaparece la persona, etc. Pero el hombre amado por Dios es el hombre concreto; aquel al que salva Cristo es cada hombre en su individualidad y dignidad intransferibles, en esa circunstancia social, claro está, que le permita desarrollar plenamente su dignidad

como persona; y con preferencia, el hombre pequeño y marginado que pasa inadvertido por su escaso valor rentable. «Se trata, por tanto —s subraya el Papa—, del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre ‘abstracto’, sino real, del hombre ‘concreto’, ‘histórico’. Se trata de cada hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la redención y con cada uno se ha unido Cristo para siempre, por medio de este misterio» (RH 13).

El hombre en nuestras sociedades padece con frecuencia no sólo por carecer de cosas, de salud o de bienes sociales, sean cuales sean las causas generadoras de estas carencias, sino que padece también a veces una grave «desestructuración» de su ser personal, por costumbres adquiridas y por una falsa proyección de su existencia, condicionada por los determinismos de su vida instintiva. Amar y servir al hombre concreto en esas situaciones significa no sólo un servicio de asistencia, sino también de promoción personal, pero esta solidaridad afectiva y efectiva con él, en el respeto a su libertad y a su persona, ha de tender a ayudarlo en ese proceso de «reestructuración» personal, a fin de que encuentre sentido para vivir. De otro modo no sería un verdadero servicio de promoción personal, sino que se quedaría en la superficie de la persona al proporcionarle sólo cosas o aprendizajes transitivos que no le ayudarían a salir de esas situaciones que le mantienen en dependencias dolorosas. Por ejemplo, a un toxicómano se le puede ayudar a desintoxicarse en su primera fase, pero necesita recomponer su personalidad desde una conciencia esclarecida y una voluntad dispuesta a ejercer bien su libertad. Y esto exige un acompañamiento ulterior, para que pueda experimentar por sí mismo la importancia de esos valores fundamentales que darán sentido a su vida. Esto se puede aplicar también a otros casos. La justificación de ciertas prácticas inmorales, aun con pretexto de comprensión humana, «no ayuda a las personas a liberarse de sus debilidades, sino que incluso las favorece», como acaba de decir el Papa. Por eso, la verdad moral, acorde con la dignidad de la persona humana, es el auténtico camino de la liberación.

Esa imagen integral de la persona ha de reflejar al hombre en todas sus dimensiones —cuerpo y alma, inteligencia, voluntad y afectividad, libertad y apertura social en la solidaridad, etc.—. Ninguno de estos componentes puede ser marginado si no se desea limitar su verdadera promoción humana. Por supuesto que se trata también de la persona abierta a la trascendencia, facilitándole las posibilidades de acceso a ella desde su conciencia y no obstruyendo el camino o retardando su marcha por la calidad de las ayudas que se le presten, en lugar de otras que pudieran ser más humanizadoras por concordes con su propia dignidad y vocación personal. Se trata de un humanismo con plena conciencia y estima de la propia libertad y responsabilidad, lo cual exige el fomento de una cultura personalista y solidaria. Estos servicios los hacen los cristianos a la luz de la Palabra y con la gracia Dios, sin ver en los hombres otra realidad que no sea la de su dignidad personal, independientemente de otras cualidades, afinidades o intereses. Claro está que, al desearles el bien supremo, se les desea su realización en Dios, pero sin que esto suponga un condicionamiento estratégico para ayudarles o no. Eso sería un interés que no tolera la coencia cristiana.

El denso tejido de las realidades sociales, sus estructuras y corrientes de influencia nos están indicando también las dimensiones de una actuación realista y eficaz al servicio de la persona integral. La persona humana, esencial y necesariamente abierta a los demás, no se puede entender ni realizar fuera de la sociedad en la que debe vivir. Contribuir a que las estructuras de la sociedad y la atmósfera cultural sean a la medida del hombre, es y será un desafío permanente en este servicio de promoción del hombre integral.

PROYECTO PARA NUESTRA REGIÓN Y LAS DEMÁS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Este objetivo pastoral lo diseñábamos para el trienio 1990-1993 en nuestra archidiócesis según estas tres vertientes: 1. Hacer memoria y examen de conciencia de las realidades existentes, tanto de las necesidades como de las personas e instituciones dedicadas a esta clase de servicios (sólo hemos comenzado y, desde luego, si se trata de coordinar lo

existente, a pesar de los intentos realizados, estamos comprobando, además del crecimiento de la conciencia de esta necesidad, las dificultades reales que entraña, por lo cual sigue siendo una tarea casi inicial).

2. Hacer consciente y responsable a la comunidad eclesial en sus distintos niveles de esa misión samaritana y profetizar en la sociedad al servicio del hombre integral, especialmente en favor de los pobres (también es un empeño que nos urgirá siempre).

3. Promover comunidades cristianas con dinamismo social y comprometerse con los movimientos sociales que realmente sirvan al hombre según su dignidad. En el plan pastoral del presente trienio (1993-1996) insistimos en los mismos objetivos, sugiriendo aplicaciones concretas: Conocer mejor la realidad, educar las conciencias para el compromiso, considerar al hombre como el factor principal de la promoción, necesidad de formar en la Doctrina Social de la Iglesia, promover pequeñas comunidades y nuevos servicios en favor de los pobres, sensibilizar a la comunidad eclesial y a la sociedad, programar con inteligencia y sentido realista, crear el ámbito samaritano en toda comunidad, coordinar los servicios caritativo-sociales, impulsar esta Delegación Diocesana y Cáritas como eje y centro de todos estos servicios en la diócesis y en todas las parroquias, y todo esto en solidaridad interdiocesana.

Las bases programáticas para esa solidaridad interdiocesana se indican en la aludida instrucción de los obispos de Castilla con esas tres líneas o rasgos:

1. El espíritu samaritano, vertiente que señala las condiciones de esa tarea permanente y que urge la caridad de Cristo, recordando que ninguna institución sustituye al corazón humano.

2. La corporeidad eclesial del espíritu samaritano, vertiente que señala la necesidad de la organización institucional y comunitaria de estos servicios y su órgano central especialmente responsabilizado de él en la diócesis —esa delegación general y Cáritas como eje—.

3. El dinamismo de amor y servicio al hombre real y concreto, línea operativa que indica la necesidad de procesos educativos, de compromisos y de acciones concretas, según las necesidades más comunes en la región, en personas y en grupos sociales, con particular atención a las diversas formas de pobreza y al sector rural. Según un reciente estudio de la Universidad de Valladolid, la crisis económica nos ha afectado más a nuestra región, y su reactivación económica, con las secuelas que arrastra este fenómeno en el orden social y familiar, será más lenta que la nacional, lo cual exige una

colaboración de todos los sectores sociales como ya indicábamos los obispos en 1991.

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, en el documento aludido, *La Caridad en la vida de la Iglesia*, hace unas «propuestas» distribuidas en tres partes:

I. *Para la promoción de la justicia y la solidaridad en la acción pastoral:*

1. Promover en la acción pastoral el conocimiento de las formas más urgentes de pobreza y marginación y de los procesos sociales que las originan, y hacer discernimiento comunitario a la luz del Evangelio.

2. Denunciar las condiciones sociales injustas que excluyen a las personas del pleno ejercicio y desarrollo de su dignidad.

3. Anunciar la buena noticia del reino de Dios creando y fomentado los elementos culturales y las condiciones económicas y sociales que hacen posible que los pobres salgan de su estado de pobreza y exclusión social.

4. Potenciar el compromiso en la vida pública para la construcción de estructuras de solidaridad y justicia desde la opción preferencial por los pobres.

5. Colaborar con las administraciones públicas y otras instituciones sociales que prestan atención a la promoción de los pobres.

II. *Propuestas para promover la «diaconía» de la caridad:*

1. Potenciar y animar las Cáritas como organismo oficial de la Iglesia para la acción caritativa y social en sus diversos niveles: parroquial, diocesano, regional y nacional.

2. Estimular los carismas que el Espíritu suscita al servicio de la caridad —familias religiosas, comunidades eclesiales, movimientos apostólicos y grupos cristianos— articulándolos adecuadamente en la iglesia particular.

3. Promover la calidad de la acción caritativo-social y la coordinación de las instituciones.

4. Intensificar la comunión y solidaridad con los países del Tercer Mundo.

III. *Propuestas para la formación y educación de las comunidades cristianas en la justicia y en la caridad:*

1. Animar un servicio eficiente de formación en la acción caritativa y social, articulado en el proyecto de pastoral diocesano.

2. Promover la formación de los agentes de pastoral caritativo-social y de los cristianos presentes en la vida socio-política.

Como se puede comprobar, estos enunciados, con sus desarrollos correspondientes en los tres planos aludidos —el de nuestra diócesis y región y el nacional— están en perfecta sintonía, denotan preocupaciones idénticas y señalan necesidades comunes y compromisos y acciones convergentes.

LÍNEAS ANTROPOLÓGICAS DE ALGUNOS AUTORES ACREDITADOS EN EL CAMPO DE LA PSICOLOGÍA Y LAS CIENCIAS HUMANAS

Viktor E. Franckl, conocido mundialmente como fundador de una tercera escuela vienesa de psicoterapia —la logoterapia—, escribe en *El Hombre doliente*: «La sociedad de consumo se preocupa de crear necesidades. Pero hay una necesidad que no puede satisfacer: la necesidad de sentido, el deseo de sentido». —«Y en este vacío existencial prolifera la libido sexual»—. «No aceptamos que el hombre esté dominado por la aspiración al placer o por un anhelo de poder: sostenemos que está animado, en el fondo, por un deseo de sentido». —Analiza los tres estratos del ser humano: el fisiológico, el psicológico y el sociológico, y le parece que ninguno puede dar la respuesta adecuada a las necesidades profundas del hombre si se parte o se llega al nihilismo: «Ninguno de estos tres horizontes de comprensión permite acceder a la esencia del hombre (...) Si llamamos humanismo a toda postura que se ajusta a la esencia del hombre tanto en la práctica, en la vida, como en la teoría, en la doctrina, habrá que decir que todo humanismo presupone una doctrina de la esencia del ser humano y, por tanto, una imagen del hombre que incluye la esencia de éste. De ahí que sólo podamos llegar a alcanzar un humanismo después de haber superado críticamente el nihilismo».

E. Fromm, en su libro *La condición humana actual*, escribe teniendo en cuenta también que la sociedad capitalista se centra en el mercado de

bienes de consumo y de trabajo, donde bienes y servicios se intercambian, pero en el que el hombre puede ser tratado como una «cosa» más: «A pesar de la producción y el confort crecientes, el hombre pierde cada vez más el sentido de ser él mismo; tiene la sensación de que su vida carece de sentido, aun cuando tal sensación sea en gran parte inconsciente». —«Debe emerger de una situación materialista y alcanzar un nivel en donde los valores espirituales —amor, verdad, justicia— se convierten realmente en algo de importancia esencial». Por eso debe aprender a conocerse a sí mismo y el prójimo pero sin deformaciones de ese conocimiento, «puede mostrarnos lo que el hombre no es. No puede decirnos qué es el hombre, qué es cada uno de nosotros. El alma del hombre, el núcleo singular de cada individuo, jamás se podrá entender y describir adecuadamente. Puede ser ‘conocido’ sólo en la medida en que no se le conciba erróneamente. Puede ser ‘conocido’ sólo en la medida en que no se le conciba erróneamente». —«Hay empero otra senda para conocer el secreto del hombre; esta senda no es la del pensamiento sino la del amor». —«El hombre moderno es solitario, tiene miedo y es poco capaz de amar. Desea estar cerca de su prójimo y, sin embargo, está demasiado desconectado y distante como para estar cerca. Los lazos marginales que tiene con su prójimo son múltiples y se mantienen fácilmente, pero difícilmente existe una ‘relación central’, establecida de núcleo». Y sugiere el camino de la liberación y maduración personal. Sólo así se podrá ayudar al prójimo cuando lo necesite realmente para recomponer su propia personalidad en caso de profundas carencias o necesidades personales.

Philipp Lersch, en su libro *Estructura de la persona*, citado por P. Gómez Bosque en su publicación *En defensa de la dignidad humana*, escribe: «La angustia interna se produce cuando algo no está en orden en el alma de la persona, cuando en ella se da una cierta discordancia, cuando el hombre pierde su centro y vive ‘excéntricamente’ con respecto a sí mismo, es decir, a sus posibilidades de realización. La angustia es la voz acusadora de la inautenticidad» en la que se está viviendo.

Por eso, ante las consecuencias de males físicos, no es buen remedio el parchear con recursos superficiales que no llegan al fondo del mal que se padece, ya que estos pueden acentuarlo si no se atiende a los valores profundos de la persona. Hay que tender, pues, a la permanente «construcción» de la persona, que incluye también los valores morales

y el sentido de la vida en un proceso reeducador por un acompañamiento y amor sinceros. Sólo en ese clima de confianza, al sentirse amado, empieza a cobrar conciencia de la propia dignidad e importancia aquel que no sólo siente el desprecio de la sociedad sino también su propio menosprecio personal.

Paul Chauchard, psicofisiólogo, profundo conocedor del cerebro y del sistema nervioso humano, escribe en su libro *El dominio de sí mismo*: «Contra lo que generalmente se piensa, la voluntad de obrar mal está muy poco extendida, y si el mal impera hasta tal punto en la sociedad humana, es porque los hombres no son libres o no saben emplear su libertad. Más que malvados son enfermos, débiles, ignorantes, imprudentes». —Insiste mucho en la importancia básica que tiene la educación para el ser humano al recordar los períodos sucesivos de la infancia hasta los cinco años, el de la infancia hasta la pubertad y el de la adolescencia. Hay que aprender a ser para saber vivir; la verdadera educación en esos períodos es de una importancia trascendental; una mala educación en esos períodos es de una importancia trascendental; una mala educación siempre deja huella. «Precisamente porque no ha sido a menudo satisfactorio el comienzo, debiera serlo la educación ulterior». Dice que la mayoría de las veces no se educa para ser y vivir humanamente, sino utilitariamente y sólo para aprender cosas, juzgando incluso la moral como una coacción social o religiosa. Pero si no se aprende a utilizar correcta y completamente el cerebro en el dominio de sí mismo, los riesgos de la deformación personal serán cada vez mayores, sobre todo en esta sociedad permisiva éticamente.

«No se podrá luchar eficazmente contra el desencadenamiento sexual alineador, origen de las peores catástrofes sociales, predicando la moral y proponiendo una contienda negativa, sino enseñando este dominio general de sí mismo que se extenderá a la sexualidad, la continencia positiva del que se forma en el dominio cerebral para ser completamente adulto y libre, para ser un verdadero hombre, y no la ridícula y lamentable caricatura de subanimal que nos ofrece la humanidad actual». Como se puede apreciar, son palabras duras, pero que le brotan de su misma experiencia clínica y del conocimiento y estudio del hombre. A la vista de los criterios tan extendidos como perjudiciales, añade: «La adolescencia es el período de aprendizaje de una relación equilibrada con el prójimo, tanto en el aspecto social como en el sexual. Supone la maduración

de una afectividad adulta, es decir, sexualizada, que, egoísta y narcisísticamente orientada hasta ahora hacia la satisfacción personal, deberá convertirse en altruista y abrirse al intercambio del dar y del aceptar». Y denuncia esos consejos que se dan a los adolescentes para que ejerzan ya la sexualidad antes del matrimonio, evitando, por supuesto, la procreación y las enfermedades infecciosas. «No podrían darse consejos más deshumanizadores», añade, dando razones de tipo psico-fisiológico. No se trata de ignorar las tendencias instintivas de la naturaleza, sino de «aprender a dominarlas mientras no pueda darles una satisfacción normal y humana en un matrimonio definitivo, como exige la madurez adulta. El mayor obstáculo para la voluntad son las malas costumbres del adolescente, que quiere jugar a adulto, es decir, imitar los errores del adulto precisamente en lo que no es tal adulto». —«La relación entre hombre y mujer no es más que un caso de relación social humana, y la personalización de esta relación vale para todos los casos. Sólo es adulto quien sabe dominarse y tratar a los otros como personas responsables, guardando su dignidad personal y respetando al mismo tiempo la de los demás».

Teniendo en cuenta estas orientaciones emanadas de una antropología científica y humanista, recuérdense los consejos que dan a veces ciertas instituciones, «edicativas» o sanitarias, en la educación sexual, aunque sea con el pretexto de la prevención del embarazo o de enfermedades contagiosas, pero con mensajes que presuponen esta aberrante concepción de las libertades del adolescente y de la sexualidad como juego.

CRITERIOS ÉTICOS PARA LAS APLICACIONES CONCRETAS EN LOS SERVICIOS Y EN LA COLABORACIÓN CON DIVERSAS INSTITUCIONES

Desde la concepción antropológica que se deriva de la fe cristiana y de estas aportaciones de las ciencias humanas, tendríamos que partir del principio fundamental de que toda actuación, para ser verdaderamente humana, la de estar al servicio del hombre integral y nunca en contra de su dignidad personal con su inevitable dimensión moral.

Cáritas ha de promover el mandamiento nuevo en la comunidad cristiana, el espíritu samaritano, estilo de vida que se manifiesta en toda la actividad humana. Ha de contribuir en la educación para vivir en el

amor y en la justicia. Pero tiene unos destinatarios de preferencia en sus servicios: los marginados. Ancianos, parados, subnormales, enfermos psíquicos y físicos, indigentes, gitanos, transeúntes, inmigrantes, presos, gente de conductas rotas, alcohólicos, drogadictos, etc.; he aquí una lista significativa de marginados. Los programas diocesanos prioritarios contemplan todos estos sectores. ¿Con qué criterios? Con el del amor sobre todo, el deseo sincero y eficaz de contribuir a la liberación y promoción integral de todo el que sufre en estas situaciones y, por eso mismo, con criterios éticos exigidos por su dignidad personal.

Hay que ayudarles a que se defiendan de las agresiones físicas, psíquicas, espirituales y morales que han recibido en el camino de su historia y en el medio social en que viven o sobreviven. Evidentemente hay que comenzar por curar las heridas más penosas y urgentes, pero sin perder de vista la finalidad del necesario proceso de crecimiento y maduración personal. Se trata de una curación completa y hasta de la reinserción social desde esa autoconciencia que es capaz de dar esperanza y aliento para valerse por sí mismos. Camino de vuelta o por estrenar para algunos, nada fácil en quienes llevan mucho tiempo prisioneros de ciertas dependencias esclavizadoras.

En las ayudas que se les puedan prestar hay que respetar sus conciencias, pero los cristianos también han de prestarlas en fidelidad a su propia conciencia sin dar lugar a equívocos en el mensaje que se pueda transmitir de que todo vale éticamente con tal que sea eficaz para conseguir intereses personales, ventajas sociales o determinados efectos sanitarios o preventivos de enfermedades contagiosas. Me refiero a la casuística que pueda presentar el sida, entre otras posibles aplicaciones.

La caridad, solidaridad y hasta la justicia nos piden a los cristianos, independientemente de la causa generadora de la enfermedad, respeto y servicio a la persona, defendiéndola ante la posible incompreensión de algunos grupos y procurando que se le presten la asistencia sanitaria y los cuidados que se merece y necesite según su dignidad personal, que no debe quedar empañada por esa situación.

La ética recuerda también la obligación de prevenir el contagio y la transmisión del Sida con medios profiláctivos y comportamientos responsables. A este propósito conviene recordar, como enseña la encíclica *Veritatis splendor*, que existe el mal moral intrínseco: no es lícito hacer el mal para lograr el bien (cf. Rom 3, 8). Y «la razón testimonia que

existen objetos del acto humano que se configuran como 'no ordenables' a Dios porque contradicen radicalmente el bien de la persona, creada a su imagen» (...) «Si los actos son intrínsecamente malos, una intención buena o determinadas circunstancias particulares pueden atenuar su malicia, pero no pueden suprimirla» (VS números 80-81).

Se requiere, pues, una recta concepción del orden moral y de sus valores y normas, según enseña el Magisterio de la Iglesia, servidor de la palabra de Dios. No se puede admitir la 'gradualidad de la ley', como si la norma moral pudiese cambiar de valor o admitir diversos grados según las situaciones humanas; en cambio, pedagógicamente la 'ley de la gradualidad' sí hay que tenerla en cuenta, porque es la capacidad de hacerse cargo de la situación del sujeto en cuestión, para acompañarle en la adquisición de niveles más claros de conciencia, a fin de que pueda madurar incluso en sus compromisos, pero sin confundirle por ofrecerle remedios que en sí mismos son ilícitos moralmente. En decisiones individuales se impone el respeto y la comprensión, pero cuando entra en juego el mensaje que transmiten los cristianos o sus instituciones, hay que dejar muy clara la auténtica actitud cristiana. En la concurrencia de los cristianos con otras personas de distintas instituciones que no tengan esta conciencia del bien moral, aquéllos habrán de tener en cuenta siempre que no les es permitido cooperar «formalmente» en lo que sería una acción inmoral, aunque puedan prestar ciertos servicios materiales, pero no aprobando con su actitud y comportamiento el mismo pecado. Este comportamiento iría incluso contra el prójimo, desviándole del verdadero camino para conseguir ese bien completo que se le ha de desear, que es el de la plena realización personal también en su dimensión moral.

Por eso dice la encíclica *Veritatis splendor*: «Ante todo, debemos mostrar el fascinante esplendor de aquella verdad que es Jesucristo mismo. En El, que es la Verdad (cf. Jn 14, 6), el hombre puede, mediante los actos buenos, comprender plenamente y vivir perfectamente su vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo» (VS 83). Aunque esta propuesta, según esa «ley de la gradualidad», no sea verbal o explícita en el primer momento, sino en el testimonio de amor y entrega del que sirve.

Desde ese mandamiento hay que confiar que la misericordia de Dios debe traer la paz y orientar el ministerio de la caridad en cualquier circunstancia. Hay que saber distinguir en ese servicio el rigorismo indis-

criminado en la aplicación de los principios sin tener en cuenta la situación interior de la persona, por una parte, y la tolerancia condescendiente y engañosa que difumina y altera los verdaderos principios, por otra. La teología oriental hace una pertinente distinción entre «acribía» (afirmación objetiva de los principios) y «economía» (el amoroso reconocimiento de las posibilidades de su sujeto, de su capacidad de comprensión y actuación en una situación determinada). La misericordia no es una disolución de los principios, sino la capacidad de aplicarlos con amor en ayuda comprensiva, pero no laxa ni confusa en el mensaje que se transmite. La «economía», sin negar ni alterar los principios, es «la ley de la gradualidad», que dice la *Familiaris consortio* (FC 34), pedagógicamente entendida como verdadero servicio pastoral y con la esperanza en el perdón de Dios y hasta en la capacidad de renovarse que tiene la persona humana con la gracia divina.

CONCLUSIÓN: CÁRITAS EN LAS PARROQUIAS Y ARCIPRESTAZGOS CON UN «VOLUNTARIADO» BIEN FORMADO

Por ser la caridad el distintivo de los discípulos de Cristo y de toda comunidad cristiana, este ministerio se convierte en el signo principal, junto al de la Palabra, para la evangelización en una sociedad secularizada —se hacen más creíbles en nuestro tiempo los testigos que los maestros—; las dos funciones se reclaman esencial y complementariamente en el testimonio de vida y palabra. Está creciendo el número de heridos y marginados que produce nuestro tiempo en todos los caminos de la vida. Por eso es tan necesario ese objetivo diocesano de la Iglesia samaritana y solidaria con los pobres, que nos interpela a todos con un quehacer permanente reclamando nuestro interés, compromisos y dedicación.

De ahí la urgente necesidad de renovar y animar constantemente la organización diocesana, parroquial y arciprestal de Cáritas, de manera que sea cada vez más viva y vivificadora de la comunidad cristiana en todos esos planos.

Es claro que la comunidad parroquial no logrará avanzar hacia su madurez comunitaria y evangelizadora si no es por la caridad o solidaridad afectiva y efectiva entre sus miembros y con los pobres o necesitados

de cualquier carencia, y esta caridad comunitaria necesitará un ministerio que la anime, unas mediaciones personales, es decir, esa «organización» que brinda Cáritas cuando está bien orientada e integrada por personas bien formadas de todas las edades, estados y sexos. De eso se trata. Además de su implantación en todas las parroquias y el aprendizaje de trabajo conjunto en el arciprestazgo, Cáritas necesita un *voluntariado* creciente. Hay que anunciar que las personas que se ofrezcan para este servicio serán las primeras beneficiadas por el amor que quieren compartir —el amor crece cuanto más se comparte—; pero además de ayudarles en esta formación, hay que tener programas de servicios y acciones puntuales y concretos. Ninguna parroquia puede excusarse por jugar que no hay en ella una determinada clase de pobres, ya que «la caridad de Cristo nos urge» a todos, y el prójimo, en fin de cuentas, es aquel al que nosotros nos queramos acercar para «hacer lo mismo», como nos dice Jesús.

El objetivo concreto podría ser: «Cáritas en todas las parroquias con el espíritu samaritano de nuestro plan pastoral diocesano».

Por eso os he recordado estos principios y objetivos, con la esperanza de que, con la ayuda del Espíritu Santo, que es la fuente viva de la caridad, contribuyamos entre todos a hacer de nuestra diócesis y de nuestras comunidades cristianas un signo creíble de la presencia del Señor para el hombre de hoy, y hagamos lo mismo que Jesús, buen samaritano: pasar por la vida haciendo el bien.

Valladolid, 8 de marzo, San Juan de Dios, 1994.

JOSÉ, *Arzobispo de Valladolid*